

Querellas

LA MALA LECTURA. ALGUNAS NOTAS PARA NO OLVIDAR A BENJAMIN

Juan Antonio Ennis*

Wie das bei mir so geht, wird aber gerade das sich in besonders kleine disparate Notizen aufteilen und für das Beste wird der Leser auf sich selber angewiesen bleiben.¹

1. La lectura de ciertos textos de Walter Benjamin —como *El narrador*, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, las *Tesis de filosofía de la historia*, los textos sobre Baudelaire y el París decimonónico— y la mención de otros —como el *Passagen-Werk*— están hace tiempo insertas en los programas de estudio de diversas carreras de ciencias sociales en general, y en particular dentro de las que alcanzan algo de teoría y crítica literaria. En efecto, ciertos enunciados benjaminianos pueden considerarse cristalizados en la doxa académica, y no necesitan mayor explicación o referencia en el momento de su mención.

Como en el caso de Bajtín (o Bakhtin, o Bakhtine, aunque también así, con jota y con acento) o de tantos otros autores (en una larga serie que puede comenzar en el mismo Marx, Freud, en los “fondateurs de discursivité” (Foucault, 2004: 310ss.), en los griegos o en la Biblia misma, y que llega hasta el mismo Foucault), gran parte del malhadado “fenómeno Benjamin” en Argentina (Gutiérrez Girardot, 2005: 107) tuvo lugar a través de la traducción. Lo cual hace posible algo por demás curioso: muchos reconocidos especialistas en Benjamin o Bajtín jamás pudieron leer los textos escritos por ellos.

Lo cual, ciertamente, puede resultar escandaloso.

O también, al mismo tiempo, habitual. Lo mismo, de algún modo, sucede —y no puede suceder otra cosa, y no hay competencia que restituya esa falta— con uno de los grandes fundadores de discursividad del siglo XX, Ferdinand de Saussure, cuyo *Cours* no es más que una transcripción y adaptación (traslación, traducción), realizada por Charles Bally y Albert Sechehaye, de los apuntes de varios de sus estudiantes, presentes en cursos en los cuales “la partie essentielle de son sujet [¿a juicio de quién? ¿Cuál habrá sido la esencia de qué tema?] s’en trouva singulièrement amoindrie”. Tema o sujeto de un profesor que no dejara mucha posibilidad al archivo, que “détruisait à mesure les brouillons hâtifs où il traçait au jour le jour l’esquisse de son exposée!”²

La referencia a Saussure y Bajtín no es, en este punto, ociosa. En ambos casos, como en el de Benjamin, nos encontramos ante textos fundadores, inobviables, que sin embargo están caracterizados en su composición y difusión por la inseguridad, el apremio y la traducción. Lo más interesante (ruego se me disculpe el juicio de valor) de la obra de los tres, pudo bien no haber cobrado jamás forma de libro. Ni el *Cours*, ni el libro sobre Dostoievski, ni las *Tesis*. Todos ellos corrieron, en algún momento, de mayor o menor extensión, el peligro de perderse. Los tres han dejado la sospecha —cuando no la certeza— de una pérdida sustancial.³ Y, sin embargo, llegaron a nuestras manos, devinieron objeto de variadas lecturas, fundaron teorías y aparatos conceptuales, instalaron categorías cruciales en el horizonte de cualquier discusión teórica, y, sobre todo, dieron lugar a la publicación de innumerables libros, artículos, reseñas, a la composición de tesis, tesinas, monografías y trabajos prácticos, a una semiosis infinita y a la natural disputa en torno a la “especialidad” Benjamin, Saussure, Bajtín.

* Profesor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (2001), Dr. Phil. por la Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg (2006). Actualmente se desempeña como Profesor Adjunto a cargo del área de Literatura Española de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

¹ Carta de Walter Benjamin a Sigfried Kracauer, 23.02.1927 (en: Benjamin, 1980: 213). “Como sucede conmigo, sin embargo, eso se repartirá justamente en notas especialmente breves y dispersas y en el mejor de los casos, el lector quedará librado a su suerte” [La traducción es mía].

² Las citas entre comillas provienen del prefacio de Bally y Sechehaye a la primera edición del *Cours*. “La parte esencial de su asunto se veía singularmente reducida”. “[Ferdinand de Saussure] iba destruyendo los borradores provisionales donde trazaba día a día el esquema de su exposición”.

³ El ensayo de Beatriz Sarlo “La torpeza del destino” da buena cuenta del carácter fundamentalmente inconcluso, abierto, de la obra de Benjamin así como de la referida pérdida sustancial: “Con él, hacia el exilio, Benjamin sólo llevaba un portafolio que se ha perdido para siempre pero, lo sabemos, a uno de los guías del cruce montañoso entre España y Francia le había confiado que allí estaba su obra más importante” (Sarlo, 2000: 14-15).

Por eso mismo es muy difícil, hoy, hablar de Benjamin. Ser “especialista” en Benjamin significa, en muchos casos, haber leído a Benjamin “en el original”, tener un panorama completo sobre la inabarcable bibliografía que sigue produciéndose en torno a su (vida y) obra. Y, por último, incurrir en un uso “pertinente” de Benjamin en la propia lectura. Quizás el problema sea, precisamente, la abundancia de especialistas, o al menos de “benjaminianos”. Quizás. Al menos, eso es lo que parece molestarlos. A ellos mismos. A tal punto, que se censura — desde el exceso, desde la hartura del trabajo, la cita, la evocación y la reflexión— la lectura de Benjamin (¿Qué otra cosa podría ser objeto o destinatario de una censura sino la posibilidad de la lectura?).

Así, estas líneas pretenden recuperar dos censuras encontradas, en cruce polémico, de la obra de Benjamin. Y tras este enunciado se esconde una premisa: que la misma lectura sesgada, fragmentaria, traducida, ajustada a la gramática de otra lectura en otro contexto, también, posiblemente, haya sido obra de Benjamin. O al menos existe la posibilidad de una política poética benjaminiana de la lectura heterodoxa operando muchas veces en la lectura de Benjamin. Lo cual no hace que sean todas buenas. Empezando por la presente.

2. En un artículo publicado en *Punto de vista* (Número 53, noviembre de 1995), Beatriz Sarlo realizó un llamado a la suspensión de la lectura (de los “usos”, más precisamente) de, entre otras cosas, la obra de Walter Benjamin. Entre otras cosas (que incluyen a Bajtín, y a Foucault, y quizás debieran haber incluido a Saussure) “que se erosionaron a través de, literalmente, centenares de ponencias”. Así, parodiando el exceso en el uso de categorías como la bajtiniana de “parodia” (perdón por el exceso), Sarlo sostiene: “A Foucault y a Bajtín habría que desagrarlos”. Y recomienda, con un leve dejo de autocrítica, qué hacer con esas nociones: “Deberíamos depositarlas en alguna parte y firmar el compromiso de no usarlas por un tiempo para darles la oportunidad de que se recobren”. Este compromiso, quizás, ayude a salvar la “originalidad benjaminiana” de la “erosión teórica” que la habría llevado “hasta los límites de la completa banalización”. El desgaste producido por los “usos” de Benjamin habría llegado a tergiversar, o por lo menos a desmerecer su propio trabajo:

Benjamin está ensopado en un jarabe puramente léxico: se lo cita como si la cita asegurara, como a veces le aseguraba a Benjamin después de mucho trabajo compositivo e histórico, la producción de un escenario nuevo sobre escenarios diferentes. (Sarlo 2000: 80)

La reprensión que sigue hace uso de una autoridad reforzada por su posterior refrenda (que es en primer lugar reafirmación de la reprensión, de la censura) a través de la publicación de este ensayo en el cierre de un pequeño volumen “de especialista” (aunque también “de divulgación”) titulado *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, editado por Fondo de Cultura Económica en el año 2000 y reimpreso en 2006. La censura, y la autoridad que la hace posible, se renuevan cinco, luego once años después de propuesto el compromiso de olvido. Algo natural, dado que los ensayos que lo afirman y lo avalan “tienen un aire de cosa reciente”, su autora “no escribiría nada muy diferente de lo que ellos dicen si lo tuviera que hacer de nuevo” (Sarlo, 2000: 10-11). Estos enunciados intentan proporcionar “actualidad” al volumen que los alberga, y en esa actualidad, en esa reafirmación y refrenda mediante el prólogo, se abre la posibilidad de una censura potenciada.

Porque, como se observó al comienzo, no cualquiera puede leer a Benjamin, y menos a Bajtín —y nadie, absolutamente nadie, puede leer a Saussure, salvo quizás en los anagramas o el libro sobre las vocales en el indoeuropeo, si eso es lo que entendemos por “Saussure”. Rafael Gutiérrez Girardot se encargará de recordarlo. Pero antes de que lo haga él, quisiera proseguir con esta (sesgada, selectiva, condicionada) lectura de Sarlo, que lee a Benjamin, como puede, que en su caso, no es poco decir.

El problema que me preocupa, y para cuyo estudio (que es largo, y mucho) éstas no quieren ser más que notas preparatorias, es el de la totalidad en Walter Benjamin. Y, para comenzar, sobre todo, en la lectura que Sarlo hace de ese problema en Benjamin:

En el fragmentarismo de Benjamin, en su reivindicación estética y epistemológica del collage y la cita, no hay simplemente una ruptura aliviada o celebratoria con la totalidad, sino una crisis de la totalidad que, al mismo tiempo, se mantiene como horizonte de las operaciones históricas y críticas. Éste es uno de los grandes problemas de Benjamin, que no puede ser pasado por alto como si sus textos sólo lo plantearan excepcionalmente o, por casualidad, de vez en cuando. Por el contrario, diría que lo

plantean de manera continua en la lengua filosófica y, también, a través de decenas de imágenes. Diría que en Benjamin hay nostalgia de la totalidad al mismo tiempo que ésta va siendo erosionada en la dimensión estética y en el mundo de la experiencia. Benjamin es un escritor de la crisis, pero no su apologista. (Sarlo, 2000: 85-86)

La *nostalgia de la totalidad*, en cursiva en el original, y aquí también, es una cuestión a discutir, pero que en principio tiene que ver quizás con un exceso, con una lectura totalizante de la obra abierta, amiga de la “reapropiación selectiva y heterodoxa” (Löwy, 2001: 171) del pensador alemán. En la lengua de Benjamin, en la lengua del pensador de la disolución de la dialéctica que en él percibe Vattimo (1983: 22-24) —quien encuentra en sus *Tesis* un “*pathos micrológico*” no sólo reacio, sino también reactivo frente a toda lectura o construcción totalizante o totalitaria—⁴ en esa lengua puede leerse la recurrencia no sólo de la ruptura o la subversión de constructos que, como el de la Historia como Progreso (para resumir groseramente una cuestión que se sintetiza en las *Tesis* y recorre muchas páginas del *Passagen-Werk* y el ensayo sobre Eduard Fuchs), pueden ser identificados con la noción de totalidad (en este caso, más precisamente, con una noción más o menos “vulgarizada” de la totalidad hegeliana). También, más explícitamente, puede leerse la recurrencia de la *explosión*, de cómo una escritura, o una lectura positiva (que en el eje axiológico de la lectura de Benjamin, heterodoxamente inscrita en el materialismo histórico, pero sobre todo revolucionaria, ingresa “del lado de los buenos”, en el costado positivo del eje) hace saltar por los aires la totalidad, que, en su carácter históricamente situado, construido y —por lo tanto, aunque difícilmente— vulnerable, podría ser pensado, por ejemplo, desde la noción de “totalidad” que presenta otro gran pensador judío del siglo XX, Emmanuel Lévinas. Al postular para la ética un lugar fuera de la Totalidad de la Historia,⁵ Lévinas presenta un cuestionamiento de la ideología del progreso análogo al realizado por Benjamin, donde el *pathos micrológico*, una vez más, se encuentra en el origen del “cepillar la Historia a contrapelo” (Tesis VI).⁶

Así, la virtud de un pensamiento de Engels (Benjamin, 1991: 467) puede residir en su *Sprengkraft* (fuerza, poder explosivo), y con el Surrealismo se realiza un atentado y una traición al ámbito de la poesía, dinamitándolo desde dentro (“Hier wurde der Bereich der Dichtung von innen gesprengt” (id.: 296)). Explosivo será incluso el deseo de felicidad (“sprengende Glückswille”) que percibe Proust (id.: 311) y, sobre todo, explosiva es la operación que él, el materialista histórico, debía realizar sobre la historia como totalidad. Como posibilidad del totalitarismo.⁷

La frecuente presencia de la explosión en Benjamin, como efecto de lectura, estaría hablando, en un primer acercamiento, de la ruptura con un todo, o al menos con la destrucción de algo que presente la suficiente consistencia como para tener que volarlo por los aires. Como, por ejemplo, la historia. Como totalidad presente, sin necesidad de nostalgia. Beatriz Sarlo, que sabe de Benjamin, sabe esto. Una página antes de olvidarlo (en los *Siete ensayos* aparece en la página anterior, enfrentada, al “Olvidar a Benjamin”), nos lo recuerda:

⁴ “El ángel del cuadro de Klee, del que habla Benjamin en la tesis número 9, experimenta una gran piedad por las ruinas que la historia acumula a sus pies, por todo aquello que podía existir y no ha existido o ya no existe, por todo lo que no ha originado verdaderas *Wirkungen*, auténticos efectos históricos. Y todo ello, a lo que parece, no porque estos despojos contengan un gran valor con vistas a nuevas construcciones, sino más que nada por tratarse de huellas de algo que ha vivido. Sólo desde el punto de vista de los vivientes puede afirmarse, con Adorno, que *la falsedad es el todo*” [destacado mío, JE] (Vattimo, 1983: 24).

⁵ “La historia no sería el plano privilegiado en el que se manifiesta el ser separado del particularismo de los puntos de vista cuya reflexión llevaría todavía la tara. Si ella pretende integrar el Yo y el Otro en un espíritu impersonal, esta pretendida integración es crueldad e injusticia, es decir, ignora el Otro. La historia, relación entre hombres, ignora una posición del Yo con respecto al Otro, en la que el Otro permanece trascendente con relación al Yo. Si no soy exterior a la historia por mí mismo, encuentro en el Otro un punto, con respecto a la historia, absoluto; no al fusionarme con el Otro, sino al hablar con él. La historia es fermentada por las rupturas de la historia en las que se emite un juicio sobre ella. Cuando el hombre aborda verdaderamente al Otro, es arrancado a la historia.” (Lévinas, 1971: 76)

⁶ Lévinas desarrolla una crítica de la ideología del progreso análoga a la que se encuentra en Benjamin (por ejemplo, explícitamente, en el ensayo sobre Eduard Fuchs): “La crisis del humanismo en nuestra época tiene, sin duda, su origen en la experiencia de la ineficacia humana que acusan la abundancia de nuestros medios de actuar y la extensión de nuestras ambiciones. En el mundo donde las cosas están en su lugar, donde los ojos, la mano y el pie saben encontrarlas, donde la ciencia prolonga la topografía de la percepción y de la praxis, aunque transfigure su espacio; en los lugares donde se alojan las ciudades y los campos que los humanos habitan al mismo tiempo que se ordenan, según diversos conjuntos, entre los entes, en toda esta realidad “al derecho”, el contrasentido de vastas empresas frustradas —en las que política y técnica concluyen en la negación de los proyectos que las conducen— enseña la inconsistencia del hombre, juguete de sus obras. Los muertos sin sepultura en las guerras y en los campos de exterminio acreditan la idea de una muerte sin mañana y vuelven tragicómica la preocupación por sí del *animal rationale*, de poseer un lugar privilegiado en el cosmos y de integrar la totalidad del ser en una conciencia de sí” (Lévinas, 1972: 84-85).

⁷ Por otra parte, el costado mesiánico y reacio a la acedia, que estaría en el origen de la empatía con los vencedores (Tesis VII), de Benjamin, por lo menos debería poner en duda la noción de *nostalgia* operante en el enunciado *nostalgia de la totalidad*.

Como pensador de la ruptura, el mismo Benjamin da una señal de alerta que podría aplicarse a nuestros intentos de asimilarlo de manera llana. Escribió: "Mientras la idea del continuum arrasa con todo, el discontinuum es fundamento de una auténtica tradición". Me parece que en esto reside el carácter verdaderamente subversivo y la actualidad de Walter Benjamin: un pensamiento que no se deja asir, resistiendo la mirada paralizante de la Medusa; una escritura que, citable al infinito, siempre puede contradecirse desde dentro. (Sarlo, 2000: 76)

Curiosamente, antes de olvidarlo, Sarlo señala el camino de una lectura de y con Benjamin que guarde aún la esperanza de subversión y actualidad, superando y socavando toda posible totalización.

Porque el problema es, precisamente, la totalidad, lo totalizante, las pretensiones de totalitarismo y totalización, y, por supuesto, un problema tratado, discutido, una obsesión por lo menos para muchos pensadores asociados, de un modo u otro, con Benjamin (Adorno, Arendt, Heidegger, Derrida): la lengua filosófica. La lengua filosófica en la que se plantea — como señala Sarlo en la cita más arriba — el problema de la totalidad. La lengua filosófica de Benjamin que Sarlo, a su vez, no ha leído. El alemán, esa lengua filosófica.

3. La lectura de Beatriz Sarlo, que impugna los "usos bárbaros" parciales y sesgados de la "vulgata Benjamin" (2000: 88) es precisamente impugnada, en primer lugar, debido a su lectura de una mala traducción (de una *Vulgata hispanica*) de Benjamin, de una versión de su texto parcial, sesgada, despojada de la riqueza del Benjamin original, de la lengua filosófica de Benjamin, del prestigio del alemán como lengua filosófica, y sin tener en cuenta la tradición filosófica en lengua alemana, la perspectiva privilegiada que ofrece el posicionamiento en la academia alemana y su lengua:

Beatriz Sarlo presenta a un Walter Benjamin diversamente mutilado, sobre el que especula con suposiciones. Probablemente, no sólo se las permite sino las exige el Benjamin mal traducido. Quizá también por eso no encuentra en esos textos (obras parciales) las preguntas sobre los contextos histórico-filosóficos de la obra de Benjamin, o no los conoce. Sin embargo, estos contextos son fundamentales, no sólo para desbrozar un camino de acceso a su pensamiento, sino porque ellos permiten trazar una imagen de Walter Benjamin como peculiar y altamente representante del desarrollo de la filosofía contemporánea y vecina de la gran revolución que puso en marcha Nietzsche y que por diversos caminos culminó en la fenomenología desde Husserl hasta Heidegger. En ese proceso, Benjamin fue partícipe y a la vez outsider: su variado marxismo y su arraigo en la teología judía reflejan la cruz de la época de la secularización. Su trabajo como crítico literario, sus ensayos sobre teoría del lenguaje, sobre sociología y política, sus comentarios a Hölderlin, su magistral ensayo sobre las "afinidades electivas de Goethe, y hasta sus sonetos escritos en el ritmo de George pero ya autónomo, forman una red de contigüidades entre los diversos terrenos intelectuales y sus representantes que permite calificar su obra con esta frase de Hegel: la filosofía es "su época captada en pensamientos". El hecho de que su pensamiento se mueve entre extremos y que estos extremos no se concilian en una síntesis sino forman una "dialéctica en quietud", como él mismo la llamó, sólo requiere para su lectura seguir el consejo de Hegel, esto es, no considerar los resultados de una obra como su meta, sino entregarse al desarrollo de lo expuesto o el "esfuerzo del concepto". Ni Benjamin ni ningún autor de fama y calidad pueden ser reducidos a pretexto para alcanzar prestigio y para hacer suposiciones con máscaras de seguro conocimiento. (Gutiérrez Girardot, 2005: 109)

Este artículo póstumo del crítico colombiano cuestiona, no la censura de Sarlo, sino la autoridad que la hace posible. Si ésta podía afirmar que pese a no haber una "ortodoxia benjaminiana que custodiar" tampoco "se puede hacer cualquier cosa" (Sarlo, 2000: 89), Gutiérrez Girardot apuntará a su trabajo como un ejemplo de ese "hacer cualquier cosa", en una tradición de los "usos bárbaros" de Benjamin que se remonta a las mismas traducciones al español por parte de Jesús Aguirre, las cuales, "llenas de omisiones" y de "conceptos falsos, marcaron el comienzo del 'fenómeno Benjamin' en la Argentina" (Gutiérrez Girardot, 2005: 109). Es decir: Sarlo lee mal a Benjamin, en primer lugar, porque lee malas traducciones. Lee mal a un Benjamin mal leído. Así, al parecer, Gutiérrez Girardot encuentra en el libro de Sarlo un ejemplo del "animal medio monstruoso" que, en el último enunciado del mismo, se menciona

como producto de las “malas lecturas” de Benjamin, De Certeau, Williams, Derrida y Foucault (Sarlo, 2000: 91).⁸ Y eso con “máscaras de seguro conocimiento”.

¿Y qué es el seguro conocimiento? ¿Cuáles son sus formas, cómo se modula el seguro conocimiento, si no quiere ser una máscara? ¿No es la seguridad del conocimiento, en el caso de una textualidad como la de Benjamin, en su fragmentarismo, en su rehuir y desafiar toda totalización, necesariamente una máscara, una impostura?

Desde luego, el seguro conocimiento, en este campo al menos (la filosofía, la filología, la historia) se modula en la lengua filosófica, la de Benjamin. Se modula en el conocimiento seguro, de buena fuente, de la tradición filosófica y filológica de la lengua alemana. De esa tradición que configura “el horizonte cultural con el que se ocupó críticamente” Benjamin, y que Sarlo estaría ignorando a la vez que “la dinámica de la cultura de su tiempo” (Gutiérrez Girardot, 2005: 107).

El seguro conocimiento probablemente sea aquel que ofrece la lectura en el original, en esa lengua filosófica (la de Hegel, George, Hölderlin, Heidegger, Goethe) que permite hablar desde la seguridad del especialista. Lo que ofrece el alemán, y la formación en el alemán como lengua filosófica, y el prestigio de un sistema académico acostumbrado a un rigor que, evidentemente, de este lado, no se acostumbra. Que Benjamin tampoco acostumbraba. Y por eso nunca cuajó en ese mundo académico, donde la seguridad del conocimiento, como impostura, como producto de un polimórfico deseo de cientificidad, que probablemente esté en el comienzo de la filosofía y la historiografía contemporáneas de y debatidas por Benjamin. Como también parece estar en el origen de la filología moderna, de esa tradición académica largamente consagrada en su país y en su época y en su lengua, que parece estar en el origen de lo que Sarlo (2000: 74) llama “lectura filológica”: una lectura que “es expositiva y avanza por desplazamientos cortos desde el texto de Benjamin hacia la tradición filosófica”. Lo cual, desde luego, está lejos de describir el trabajo de Gutiérrez Girardot. Sí, quizás, lo que se podría (¿mal?) entender como resultado de sus indicaciones y rectificaciones para la buena lectura de Benjamin. Desplazamientos cortos, y seguros.

No como los realizados por Benjamin. No como la explosión, el cepillado a contrapelo, el salto de tigre que Benjamin propone como estrategia de lectura. De una lectura, sin dudas, mala. Por lo menos para la linealidad de los textos y la seguridad de los contextos y saberes. Lectura salteada, desde el final de la historia, arrancándole, reacomodando y agregando páginas donde la Historia las ha olvidado, o suprimido. No como la estrategia de la cita que tan bien describe Sarlo y que —a mi parecer, con mucho acierto— llama a imitar con suma pericia y prudencia. Sarlo, que lee mal a Benjamin, que nos enseñó a leer mal. La misma autora que antes de y frente al mandato de “Olvidar a Benjamin”, recuerda que “la actitud más firme de Benjamin consistió en desconfiar de las propias certezas, recelo más necesario incluso que la crítica de las certezas ajenas” (Sarlo, 2000: 76). Actitud sana, productiva, que los especialistas en Benjamin bien podrían imitar, para seguir leyendo a Benjamin y también —mejor quizás que “usándolo”— con él.

Bibliografía

- BENJAMIN, Walter (1980). *Moskauer Tagebuch*, Suhrkamp, Frankfurt (M.).
- BENJAMIN, Walter (1991). *Gesammelte Schriften*, Tomo II: *Aufsätze, Vorträge, Essays*, Suhrkamp, Frankfurt (Main).
- FOUCAULT, Michel (2004) [1994]. “Qu'est ce qu'un auteur?”, en *Philosophie. Anthologie*, Gallimard, Paris; 290-318.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael (2005). “Dos naufragios en el mar incógnito de Walter Benjamin”, en *Katataj*, año I, n° 1/2; 106-111.
- LÉVINAS, Emmanuel (1977) [1971]. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Barcelona.
- LÉVINAS, Emmanuel (1993) [1972]. *Humanismo del otro hombre*, México, Siglo XXI.
- LÖWY, Michael (2002) [2001]. *Walter Benjamin. Aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”*, FCE, Buenos Aires.
- SARLO, Beatriz (2000). *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires, FCE.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1995) [1916]. *Cours de Linguistique générale*, Paris, Payot.
- VATTIMO, Gianni (2000) [1983]. “Dialéctica, diferencia y pensamiento débil”, en Vattimo, Gianni y Rovatti, Pier Aldo (eds.). *El pensamiento débil*, Madrid, Cátedra; 18-42.

⁸Monstruosidad que Adorno achacaba a la lectura de Benjamin, como bien señala Sarlo en un ameno e interesante artículo, “El crítico literario”, duramente criticado en su inexactitud por Gutiérrez Girardot: “Para Adorno, Benjamin nunca cumplió del todo con ese programa [el de la construcción de una mediación dialéctica entre los hechos materiales y los discursos] y siempre tuvo la tendencia a unir, de modo violento, casi *monstruoso*, los datos materiales y los simbólicos. Adorno pensaba que Benjamin era poco dialéctico, que construía sus iluminaciones críticas uniendo extremos cuya articulación no exploraba suficientemente” (Sarlo, 2000: 46).